

Jorge Otero

TROPOFANÍA

**Cantata sentimental
para cuatro personajes**

Obra abandonada en 2002
(versión tipográfica de octubre de 2018)

Datos técnicos/legales

Escrita a mano, a ratos, en *WordPerfect*, en html y en *lyx* durante unos veinte años. Abandonada en 2002, publicada en 2012 con *GNU Emacs* usando \LaTeX y aucteX ; adaptada a forma libro con *psbook* y *psnup*; convertida a .pdf con *Aladdin GhostScript*. Regenerada en 2018 con *kile* y *Lua \LaTeX* , actualizo la licencia (de copyleft a CC -by-sa 4.0).

Todo realizado siempre sobre un sistema operativo libre GNU/Linux.

Los derechos de esta novela son míos, pues soy su autor y no los he vendido. La pongo a disposición pública, libre y gratuita.

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons “Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional”.



Esto da permiso para su reproducción, destrucción conceptual y crítica... como cualquiera otra obra echada al mundo. Los plagiarios deberán citar el original, reconocer mi autoría y respetar la licencia.

Dramatis Personae

Narrador

Portritovagal - Ana

Qohelet

McIntosh, Maverick - Hugo

efialTes - Jorge

Lector

Granada, 6 de Mayo 1979.

Todo, Lucilio, nos es ajeno, tan solo el tiempo es nuestro.

Ep.Mor. I, 1.

A David, lo prometido es deuda, en celebración de su juventud.

Índice general

Datos técnicos/legales	iii
Dramatis Personae	v
Índice general	ix
1 Los Tristes I	1
I Cuatro Retratos (Incursión)	5
2 Portritovagal	7
3 El Gesto	11
4 Retrato de Hugo	17

5	Tropofanía	23
II MiQTológica (Excurso)		27
6	Idea de novela	29
7	Excusas	31
8	Onomatopoética	33
9	Discurso de Qohelet	37
10	minoTauro y Teseo	47
11	Pequeña broma	51
12	Gorgona	53
III Final		55
13	Autorretrato	57
14	Segunda pesadilla de Q	61
15	La carta	63
16	Los Tristes II	67

TROPOFANÍA	xi
IV Apéndices	71
A La primera versión	73
B Epílogo	75
C Apuntes	77

Capítulo 1

Los Tristes I

(Narrador, efialTes, Portritovagal)

ESTA¹ es en parte la historia de efialTes, un niño que quería ser normal. De cómo aprendió a estar roto y ser normal por fuera, y a vivir oculto en la escritura.

Esta es también la historia de las huidas de Qohelet, un personaje vago, calvo y escurridizo² que algo debía de sospechar, como esos bandoleros del farwest que nunca permitieron que se les hiciera una fotografía, y se negaba a estar terminado. Huyó del matrimonio, de un partido que era una causa, de los amigos y de comprenderse. En cuanto alguien empezaba a conocerle escapaba a la carrera, buscaba

una bifurcación, se negaba a elegir y abría un capítulo nuevo. Un personaje incorregible, estarás de acuerdo.

Esta es, sobre todo, la historia de Portritovagal, la exmujer de Qohelet, la novia de Hugo, una muchacha que vivía en la eternidad tejiendo muñecas y una tarde despertó.

Esta será, finalmente, la historia de Hugo, y él le pondrá orden y sentido. Porque él sabrá hablar como el periódico del día siguiente.

—ooo—

El Río Darro entra en Granada, esa ciudad suicida, separando las colinas de La Alhambra y del Albaycín, y la recorre un trecho antes de desaparecer embovedado a la altura de Plaza Nueva. Ese trayecto lo recorrían antiguamente las comitivas fúnebres que subían por la Cuesta de Los Chinos hasta el Cementerio de San José, y recibió el exacto nombre de Paseo de los Tristes. Aquella tarde, a punto de atardecer, estaban EfiálTes y Portritovagal sentados frente al río en el Paseo de Los Tristes. EfiálTes dijo: «¿Sabes? Tengo un amigo que quería ser invisible.»

Hablaba como si repasara un discurso ensayado, como si hubiese preparado este momento desde hace mucho tiempo y estuviese recitando una lección rutinaria y lejana. «Ha recorrido el laberinto de caminos cortados que le alejaban de los demás, y se lo ha echado a cuestras como una joroba. Pronto fue un experto en su joroba, y en ocultarla.» Una vez

más había mentido; había convertido su historia, que si es verdadera trata del presente, en una historia, en algo que se refiere a alguien que ya no eres tú. ¿Qué más da hablar de lo que fuiste o de la proporción de agua en la atmósfera de Venus? Habla de lo que te duele o cállate.

Portritovagal dijo su última frase, «*Te quiero tanto*», conmovida, con las piernas colgando sobre el río. Como tantas otras tardes efialTes miró los árboles, profundos y oscuros, y el viento le trajo un aviso helado. Una golondrina imparcial rozó el agua, voló sobre los bancos del parque y fue a perderse tras un plátano del Paseo. Los vencejos unían sobre la garganta del Darro el castillo en forma de mujer y las callejuelas, pero él no los vio. No es difícil reconstruir el desenlace de la escena. Guardarían un largo silencio, pensativos, y tampoco entonces se atrevería él a confesarle ese deseo que llenaba páginas y páginas de poemas ardientes. Habló de su hermano, probablemente desplegó un rato su sarcasmo y torpeza a torpeza ahuyentó la magia y amasó una sombra de distancia entre los dos, hasta que hubieron perdido sus nombres y Ana, sentada bajo el pino del Paseo de los Tristes, casi lloraba. «¿*Qué te pasa?*», preguntó Jorge. Ella sacó de la bolsa de tela un papel doblado. Era un historial médico, *hemorragia uterina disfuncional... endometriosis... estadio irreversible... esterilidad*, palabras rotundas como martillazos. Jorge no se daría cuenta de que algo se había roto en ella pero sentía una angustia imprecisa, sentiría correr la rabia por sus venas, miró a los niños jugar con la tierra, tan felices, y desistió de encontrarle un orden al montón de cubos de la fortaleza. No podían aceptar una enfermedad incurable, ser finitos a los veintitantos, eso es todo lo que pensó. Sintió deseos de correr a refugiarse en su habitación, y corregir los retratos. Cuando estuvieran acabados, cuando fueran perfectos, ella no tendría más remedio que

quererle y ser feliz. Dijo «*Me voy*». Se levantó y tiró una piedra³. No miró a Ana, no buscó las señales de su determinación. No supo mirarla. En su torpeza no prometió nada, se quedó con los cuatro retratos en el bolsillo, estériles, la novela equivocada, la tragicomedia trivial del artista enamorado de la novia de su hermano. ¿Que cómo sabemos todo esto? ¿No son en el fondo todas las vidas iguales, no pasamos todos por lo mismo, con otros nombres, otro orden, otros detalles anecdóticos? ¿Basta una pequeña crónica en la sección de Sucesos del diario *Ideal*, siete de mayo de mil novecientos setenta y nueve? «Extraño suceso. Sobre las ocho y media de la tarde de ayer A.R.F.⁴, de veintitrés años de edad, se produjo la muerte por traumatismo craneal al saltar al Río Darro desde el puente de Santa Ana. Se ignora la causa del suicidio». Si te basta cierra este libro, todo lo demás sobra y bastante tiempo has perdido. Pero la verdad de una persona está más allá de lo que puede poner un periódico, no se cuenta con palabras fáciles, quizás no logra contarse y es una aventura intentarlo. Ni siquiera sabemos quién cuenta esta historia, si está escrita mil veces por un efialtes atormentado o es sólo un pensamiento de ella, sentada como tantas veces bajo su árbol, conmovida.

Quizás si toco su hombro se despierte y me libere de esta vejez inútil.

Tejedores del cielo, los vencejos, cables del instante

Parte I

Cuatro Retratos (Incurción)

Capítulo 2

Portritovagal, en algún sentido atacada por los perros

I. Del lado de la eternidad

La eternidad⁵ era azul, sólo azul, le dolía la cabeza, fumaba nerviosa y miraba con colores puros. Pero no, esto ya no era la eternidad.

Segundo intento

— Inicio las muñecas con trenzas que me repiten, **yo** juego por primera vez, transparente y ubicua.

— Vino la mariposa del aire a avisarte, humofanía, **tú** la respiras. En el espejo del humo te has visto fumar, desdoblada: azules venas del aire, medusas que danzan como vestidos blancos.

— El estanque ha visto **su** imagen pasear en torno, y miraba a la muñeca ahogada. Como quien despierta, me he mojado las manos y ya no me veía, el mar busca ríos para negarse.

Tampoco es así, tampoco se nombra con pronombres.

II. Del dolor

Vino el dolor a morderte como grillos o perros que corren, te traduces a la convulsión de su aleteo impúdico. Miras como una mosca, y he caído en tu ojo de fuego, seductora. Yo te explico y te complico, y a veces no sé distinguirme de ti... Todo lo confundes, seductora, porque el dolor y la verdad te ciegan y nadie puede seguirte.

(Ha visto un mar metálico, cerrado y sucio. No podría salir, ni pintarlo de rojo, todo estaba quieto. Perdió los colores y olvidó el viento, porque estaba sola. Y no pudo llorar)

Piensa, mirando las entrañas de la muñeca rota en sus manos: soy unas briznas de tabaco desmenuzado, la amargura del río de no ser

el río. ¿Dónde está tu magia, niña? ¿Qué camino has perdido, que te aleja de ti sin darte cuenta?

Alrededor de la mesa los ve beber, efiates lee en voz alta este texto. Coge su vaso. Sabe que la lectura y la tarde giran en torno a su dolor, y lo bebe hasta el fondo. Y vuelve, ella se da, que esto es su cuerpo es su cuerpo recorrible, bebed los pasos de un camino oscuro y callado e inmóvil. La muñeca en sus manos sólo muerta pregunta *¿Qué te distancia de todo lo demás sino que miras la ilusión de lo oscuro añil, de lo mucho, de lo roto?* Es mordida en no sabe qué piel, y gritaría: *Regresa, huracán de un solo ojo. ¿Que la cornada blanca del unicornio se tiña de rojo en mi vientre!* Cuéntame, muñeca, cómo te acarician los dedos del viento fino y largo. Un río de márgenes soy, y espero. Perdida, ¿cómo volver a mí?

III. Vigilia

El azul volverá a su pared, la telaraña a su rincón se limita, un quasisimiro se deja colgar cada vez más fijo. Las pinceladas de la tarde te han dado la espalda. No hay otro lado del espejo, no hay espejo. Los ladridos⁶ del Tiempo te recuerdan: torbellinos de arena y sal, cuasibrazos, postincendios, humofanía de tus pulmones y la ceniza de ti; premoniciones de una tragedia a la que sólo nos queda asistir. En el lento adiós me dará la mano como una mariposa, porque estoy sola. Sólo añoro las muñecas, la mirada diáfana y azul, la mirada.

Capítulo 3

El Gesto

(Retrato de Qohelet abandonado, por efiALtes)

PASEA⁷ a mi lado como una sonámbula, perdida para mí; me ha convertido en personaje de una historia que no puedo seguir, que debo intentar proteger caminando a su lado en silencio, rodeándola con mis pasos, perdido también en la lucha entre la frustración y el deseo de que nuestros dos caminos converjan y me encuentren sus brazos. Esta es ella: es difícil hablar de Ana y no decir libre, luz, alegría, dolor primigenio y venerable, olvido. Los detalles no son demasiado importantes, o sí, y ni siquiera eso he comprendido. El único recuerdo de su infancia que quiso contarme es un paseo una

noche cerrada entre los árboles que rodeaban su casa, un estremecimiento de terror cuando, rompiendo la soledad reseca de las piedras y el camino, vino una luna inmensa a dibujar su sombra en la tapia amarilla y la ató para siempre a esa imagen. Quizás siempre le persiguió el dolor, ¿quién podría saberlo ahora? Que huyera de aquello muy joven —nunca tuvo mucha relación con su padre y su madre había muerto cuando ella nació—, que aprendiera a tejer muñecas con una cierta urgencia, como con ansia, serían simples consecuencias evidentes si sólo comprendiéramos un poco mejor cualquier hecho, aquella instantánea, una niña inundada de luz, la tierra sin límites, el misterio del viento.

¿Si todavía la quiero? Para recoger su memoria he recorrido los miles de pasos que nos unieron para después alejarnos, y he intentado reconstruir su orden oscuro. Como quien reza un rosario, he repasado la monótona letanía de las tardes de seminario del partido: «*La unidad de teoría y práctica no es sino la otra cara de la situación histórico-social del proletariado, el hecho de que desde un punto de vista coinciden el autoconocimiento y el conocimiento de la totalidad, el hecho de que el proletariado es a la vez sujeto y objeto de su propio conocimiento.*»⁸ Ella trabaja en un rincón, las luces suaves del atardecer casi la difuminan pero le oigo cantar. Anoche llegó tarde. Soy torpe, lo sé; sentí sus ojos ajenos, grité, su silencio fue aún más ardiente, se interpuso entre nosotros un volumen opaco y doloroso. No supe no preguntar de dónde vienes, qué estás pensando. Sentí deseos de golpear su cuerpo frágil, de acariciarlo con toda mi violencia, volver del revés el vacío que nos separaba. Hicimos el amor como si fuera una batalla, quiero pensar que vencimos y me haya perdonado. La miro y sonrío, quizás todavía me ama, un instante perdido en el tiempo, sin nombre, sin

rescate. Años antes he ido a buscarla, es casi una niña, contenta con su vestido blanco, vendremos aquí a la Vega, esta tarde gloriosa nos emborracharemos, cavaremos el túnel de un beso.

De la boda sólo recuerdo la sensación de ridículo; del infierno final la intuición abrasadora de su inevitabilidad, y entre los dos un derrumbe fugaz y confuso. ¿Qué conservo de ella? ¿imágenes? ¿un tesoro de sombra y ecos? ¿o la he confundido con el crepúsculo ciego de mi memoria y entonces, en esa certeza, debo dejar que se aleje para siempre? Nunca sabré si tu pasado irreal y tus miles de fantasmas son sólo un peso, como viejos palacios, yo casi soy tu ruina.

El tacto evidente de las tinieblas, el collage precipitado y amargo de mis recuerdos, más allá sólo el dardo cruel de palabras que no me reconozco, a las que no es preciso atender, que sin embargo nos conforman. Fue para mí como un abrazo que no puede cerrarse. Cuando la conocí yo pertenecía al grupo de teatro de la facultad; allí conocí a tu hermano. Ella era mucho más madura que nosotros, no sé cómo se pudo interesar por mí, supongo que le fascinaría dejarse querer de forma tan ingenua.

Un compañero del partido me ha dejado su piso. Hay que estar de vuelta para las diez. Ella dice: vamos a beber algo. El coñac me abrasa la garganta. Miro el líquido deslizarse en el cristal, nos ponemos de pie, nos desnudamos torpemente, acaricio el cristal de su piel y el sabor del deseo me abrasa. Tengo miedo. Me ha quitado las gafas y su piel ha crecido hasta hacerse infinita; quiero explorar ese país hasta encontrar su centro.

Amenaza lluvia. Me conduce de la mano por lagunas herméticas,

cárcavas y grandes rocas, envueltos, enredados en la noche múltiple, una oquedad húmeda y profunda donde luchan dos dragones. Huele a tabaco, a geranios y a olas. Adivino la lluvia, cálida. Corremos al valle habitado por relámpagos, me quedaría para siempre en las montañas sagradas, caracol espiral, para verlas temblar.

Corres sin miedo cerca del abismo, coges entre la hierba flores que nuestros ojos cerrados ven de colores duros, metales que chocan y vibran como un viento que grita, retorcí todo mi cuerpo en el esfuerzo por no caer. El cielo, demasiado pronto, estalló como una nube de fatiga y silencio.

Cuánto deseé entonces haber sido invisible y fumar apoyado en la pared y verla alejarse todavía hermosa, tan hermosa. Y el amor sería siempre igual, aprendí el volumen del mundo en su cuerpo y la frustración en el mío.

O abrimos los ojos, y ha llovido amargura. Soy transparente para ti, oh poderosa, no soy más que lo que ves, los hábitos que sostienen mi delgadez, las gafas, la calva romana que me transforma en estatua de un solo gesto. O soy el eco de un mal coñac que se repite en un discurso turbio al que asisto, pobre dios borracho, hablando contigo de ella, furioso idiota, y Hugo se levantaba como siempre, una vez más hacia café. Y yo insistía, hablaba a la mujer del cuadro, a la luna del cuadro: no sé nada hasta que dejes de mirarme, todavía te llevo clavada dentro como un polifemo. Mi alma es de cristal, me la quito y soy el humo de un cigarro o una sensibilidad ciega —no sé distinguir tu tacto de tu olvido, no sé cuándo estabas viva y hermosa y girábamos de amor como un disco, no recuerdo cuál, o te veía perdida, incapaz

de volver a mi lado desde la región cruel que acababas de descubrir y mis ocho manos acariciaban tu pelo que iba y venía de la aventura o la aventura era yo y al fin era transparente y me movía despacio dentro de ti por galerías oscuras. O empezábamos a no vernos durante meses y yo de alguna forma estaba terminado y la marea te llevaba más allá de ti.

Los significados son circunstanciales, quiero decir que sólo el pasado nos fija. La noche que viene sabe a vino. Apuro la colilla de vinagre, acabo. Y me encuentro mis manos, un mechero es mareado en mis manos, gira gira como yo, hago que un ducados se encienda en mis manos, hago una pausa, no dejaré de ser la estatua de una espera que ya no elige. Su voz se volvió azul y sonrió: *«Pronto serán las diez, tengo que irme»*. Debió haber dicho: *«No obstante, he aprendido que mi voz me sostiene, aunque lo que nombre ya no sea ella»*.

¿Dónde irás? Hay un sabor a sal en tu mirar atrás, algo que no te dejará cambiar.

Confesión adivinada en el silencio de innumerables cervezas, en una venta del Camino de Purchil. Verano 1979.

Capítulo 4

Retrato de Hugo

(Portritovagal, Qohelet, efialTes, Coro)

PORTRITOVAGAL (canción de amor):

HUGO,⁹ pasas por aquí, llevas en ti una flauta que tocas y me tocan las notas de magia que flotan y me voy contigo. Yo sé tu camino y lo callo. Tú no sabes tu magia, tú te aprendes de mí, aspirando la música del cigarro. Eres la larga espera que de algún modo es el presente. Pero siempre has llegado, para ti no hay espejos que te distancien. Ya no me necesitas y no quiero estorbarte.

Eres como un jinete que galopa por la playa, luminoso y violento; soy

como los barcos lentos que vuelven en la madrugada, cierro los ojos y tu sombra se levanta como una gaviota, siento el amor que nace más allá de la piel, por los rincones. Pero no tengo fuerzas para ser la arena, estoy cansada del sol y de las olas. Una tormenta sorda me arrastra; he perdido el camino de regreso a la felicidad, el vendaval me romperá, y sin embargo... Eres un jinete, airoso; tiras tu sombrero y cae boca abierta. Cabalgas el viento y dejarás un rejón apretado y duro. Y la boca abierta. Yo te respiro. Y abrazaré tu cintura como una torre y te despeinaré.

En el fondo, amor mío, no espero nada, abrazaré tu cintura o no sé qué haré. No sé si habrá un mañana, pero siempre estaré alegre porque hoy te quiero. Y toda mi vida vale porque sé esto. Seguirás tu camino y pronto me olvidarás, señor de las cosas concretas; te he perdido y no lo sabes. Ya no me quedan palabras, salvo quizás una música, yo no digo mi canción sino a quien conmigo va...¹⁰

ΚΑΙ ΕΙΔΕΝ ΤΟ ΠΕΟΣ Η ΟΤΙΚΑ ΛΟΝ

QOHELET (fragmento gnómico):

¿Sabes? Lo único concreto es la mano que no controlas en tu gesto. Lo único concreto es lo que tú pones, el fuego que no tiene ya nada que quemar, el esfuerzo por leer, los amigos.

Los amigos son como las nubes, la que queda es la próxima, a veces hace viento, a veces no.

Los amigos, cuando se aburren, se creen imaginarios y disfrutan intentando disolverse.

Tu recuerdo, Hugo, es como una meada de cerveza, tu olvido es como la cerveza.

Basta. Ya no nos sirve el sarcasmo. Estoy en el lugar en que las piedras tiradas se caen.

Llena mi vaso, P. Son nubes sin sorpresas estas, pero mantienen mi sed. El vino de tus labios, ¿qué otra cosa hay bajo la luna?

Hemos fundido las viejas máscaras y nos envuelven palabras relajadas, deseo, rencor, la verdad que miente...

Dice Qohelet: Hablo por una voz que no es la mía, he velado mi deseo bajo mi piel y he cogido mi vaso con la facilidad que sólo dan la inspiración, la memoria, y el alcohol. Hugo, amigo, si no fuera por la costumbre¹¹ qué sería de nosotros.

EFIALTES (canción airada):

McIntosh, hermano, ¿qué viento eres, gris? ¿qué paisaje de chopos azotados, qué aleteo de lenguas ininteligido? Tanto esfuerzo para esto.

Tus alas son tan grandes, nunca las cierras. En todos los reunidos tu nombre, en todas las palabras tu silencio, murciélago tejedor del hilo de nuestra superficie. Te veo como un espejo, inútil como un

laberinto de mentiras si ya sabes las claves. No me interesa tu fuga, revoloteas y no vas a ninguna parte. ¡Si por un momento pudieras callarte! El futuro se nos viene encima como una montaña. Nadie nos dijo que una sonrisa es la última tregua antes de la batalla, todos seremos derrotados. Es inútil que diga: ahora, luz, hermano; que me levante y toque a Portritovagal o me eche otro vaso de ese whisky. Como el tiempo también es inútil, así sea.

CORO:

Él se acerca al techo, él se levanta, él inició la acción. Ha medido los pasos a la ventana que mira al cielo. ¿Qué hay fuera de nosotros, Hugo? Nos pregunta cualquier cosa de cosas, inabarcable. De la mesa de espacio, del cenicero elíptico coge el cigarro. Ha mirado las nubes sin ver que son nubes, la tarde minuciosa se desliza con pinceles refinados en la mano, a la espera, impaciente, de un árbol en que mirarla. ¡Es tan grande el cielo!, su respiración de nubes también es nueva, los que estamos quietos lo sentimos a veces en la piel.

Él, desde la ventana sin vidrios, nos triangula una mano, unos ojos, gafas, el azul, la pared de arañas, un bigote de humor, un vestido casi olvidado, matices que cambian como la tarde que se esfuerza por atardecer. No falta nada, esta tarde es eterna y él, sumergido en su luz, nunca lo sabrá.

*(Gritan las ligaduras que nos sostienen,
somos porque un arpa nos separa)*

Quizás ha corrido una sombra de gato por los tejados. Quizás se deslizó en un hilo sobre tejas de tiempo y él se aferró a ese único regreso, quizás un trapecio de gato, un cigarro, el estanque, acordaban una armonía desconocida.

Quizás los nuevos ojos de ese pliegue de acción contengan la tarde. Y una danza, y una respiración, unan las cosas amontonadas. Ha pasado un ángel.

Él, quién como él. Ojalá los haya visto.

Capítulo 5

Tropofanía (la canción de efialTes)

QUE el olor¹² de la noche prometida os detenga, que la tarde que cae os abrace y os toque y os lleve dentro de sí, ojalá que las cosas al fin estén cerca,

*miraré los jazmines miraros
dar vueltas
cerrados donde nadie puede entrar.*

Necesitamos una fuga de carne y una ausencia real y una proximidad real para dibujar el monumento de nuestra intensidad que quiere ser esta novela. Dejaremos que la distancia nos haga verdaderos, basta con señalarnos y dejar que vivamos. Porque el tiempo es un túnel y nosotros somos la montaña.

Quizás sólo permanecen tus palabras, Qohelet, amontonador de emociones de humo, el precio es que yo necesite contar lo que nunca ha ocurrido para recoger un puñado de ti.

No muevas todavía tu movimiento, Hugo, calla. Mira un reloj, el cielo, cada palabra. ¿Crees que se romperán? Las cosas son transparentes, frágiles, puntiagudas, cuelgan de hilos difíciles y equilibrio, las embisten ciegos minotauros, ojos tristes de cristal... Porque no te entiendo, porque seré como tú y no sé expresarte, huye ahora, Hugo. ¿Crees que quedará algo de nuestra enorme piel, crees que se romperá el aire y entraremos o nos quedaremos clavados en cristales y lanzas?

*En la rueda de las cosas
en tu brazo de fuerza
en los túneles de tiempo los fantasmas
oh y el miedo a ser todos.*

Quizás no hubo muñecas, P, quizás no has fumado. En tu dolor de phoenix te contraes y te apagas y te arrugas; esta novela no puede tratar de ti. Lo que tejes y destejes continuamente eres tú, lo que yo bebo y tú son lo mismo, pobre niña rota. Los detalles sólo interesan cuando alguien cree que al menos queda un autor, y soy incapaz

de verme porque estoy lleno de vidas y chocan como planetas con mi alma. Sólo el placer de narrar, y la superficie transparente ya agotada, y tú, Ana, anterior a todo, y escribir “*todas las cosas, nada que hacer, la única distancia*”. Pienso en oleadas, ya no sé. He sentido la tropofanía.

Por sí solo el cataclismo se cierra y se consuma: no queda un sitio donde ir, no queda un deseo. Ha pasado la rueda terrible de las cosas.

*Como si hubiera diferencia entre el entrar y el salir
como si en la esfera hubiese centro.*

Yo quemaré los perfumes de la tarde, Maya, yo me desnudo del espacio también,

*volumen
disfraz del misterio
tú el volumen,*

las cosas agazapadas que debemos beber. Mi vaso vacío. En la mesa habrá apuntes y libros, una bolsa de tela blanca y sucia, varios paquetes de tabaco y un cenicero roto humeando, la botella de whisky sin nombre, coñac, dos carteras y llaves, un bolígrafo, una pluma, más vasos.

Añoro los tejados, el paseo abrazado de las callejuelas y la tarde. Hugo pronto se sentará, tú fumas.

*Como el juego del viento y las cortinas es la verdad
algo en la cruel inmediatez de las cosas
anterior a mí; como Edipo soy ciego
como Tiresias, Maga, yo veo las cosas, pero tú eres las cosas
cuando se me escapa el vértigo debo callarme
y dejar de mí esta oreja sombría, Teo,
esta mano, tacto del abismo, que quisiera arrojarte,
oh tiempo
simplemente para entrar en ti.
UNA SOLA VEZ*

Parte II

MiQTológica (Excurso)

Capítulo 6

Metaexcurso. Idea de novela

UNA novela¹³ trata de algo que ignoramos, sea el asesino, las costumbres de una época o la educación sentimental. Una novela es un choque entre lo conocido y lo desconocido, del que debe saltar una chispa. A veces el autor juega con nuestro desconocimiento y el misterio no es más que trivial, pero esto sencillamente demuestra que las novelas se construyen con misterio. Una novela es un viaje. Alguien que es como nosotros parte para descubrir un mundo nuevo, o irrumpe en nuestro mundo un ser extraño; no deja de ser el mismo

fenómeno. Hay novelas que colonizan lo desconocido, como un viajero de una compañía comercial¹⁴, que sólo ve mercancías; hay novelas que destruyen como un conquistador. ¿De qué trata una novela? No de mosquitos, ya está escrito.¹⁵ Las novelas no tratan de asesinatos, de enamoramientos, de guerras. Sólo puede escribirse de ballenas¹⁶ — de nosotros, de que vamos a morir, de lo poco que aprendemos en la vida. Ulises despierta desnudo en una playa, y es conducido al palacio real. Tiene que convencernos de que es el rey de Itaca, el héroe de la Hélade. Ya no estamos ante una aventura trivial, Ulises tiene su identidad en su relato. Homero acaba de encontrar una ballena. No estoy hablando de épica frente a lírica, de prosa o poesía; también serían novelas en este sentido las obras de Browning, de Machado, de Pessoa. Para la novela hay que haber sido varias personas; está llena de renunciaciones y hechos ignorados. ¿Qué sabe el autor? ¿Cuántas cosas desconoce de sus personajes, de sus temas, de sí mismo? Es más, la novela en la que creo es la victoria humilde de la pluralidad de perspectivas y por tanto es esencialmente lírica. La realidad es informe; cada época fabrica un espejo para reflejarla. Porque sólo podemos hablar de nosotros toda la literatura es contemporánea, y porque cada ventana que abrimos es distinta no todo está escrito: cada hombre se descubre con el mundo, ama, traiciona o fracasa. Cada lector es nuevo, siempre es nuevo el mundo y no habrá dos novelas iguales.

Cuatro jóvenes sentados alrededor de una mesa; uno de ellos lee en voz alta una novela. ¿Cómo puede avanzar esta historia?

Capítulo 7

Excusas

(Portraitovagal)

*A la Gacela*¹⁷

OLÍA el aire a robíneas en Los Tristes, y al jazmín de los cármenes cercanos, pero ella miró las palmeras, viejas, y supo que tenían ganas de morir. Muerden las hormigas sus manos, es la hora, no puede esperar más, comienza a atardecer.

Se levanta. Ya no juegan los niños, ya no vuelan los pájaros, nada une las cosas, lentamente se apagan. Se enciende una luz espectral en el caserón destartado del Hotel del Reuma, hay un arpa rota en su

tejado, sólo se oyen los coches. Empieza a andar. La tarde, impaciente, empuja, resopla, niega cualquier tregua. Pide un cigarro, los ojos de la mujer lloran. A la altura de San Pedro gritan los mirlos sus silbido fúnebre. Un perro ladra. ¿Es que no hay gatos ya en la ciudad, no quedan chopos que bailen, no habrá refugio? En los puentes se asoma al Darro, cada vez más oscuro. La arrastra el río con su vértigo indiferente. En la última esquina, cerca ya de Santa Ana, hay una luz amarilla, triste, muerta. No quedan más señales.

Hay otra ciudad oscura bajo nuestra ciudad, laberintos de hormigas, galerías olvidadas donde vagan los monstruos, donde el río sucio se oculta y mina nuestros cimientos y nos inunda. Cuando Portritovagal saltó todo había cambiado, todo cambiará. Nadie se ahoga necesariamente en un río de un metro de profundidad, pero basta una piedra para quien quiere morir. Ahora estamos solos, con nuestro tiempo, con nuestra vejez. Nuestros monstruos andan sueltos y nos derrotan desde la primera página.

Capítulo 8

Onomatopoética

PORTRITOVAGAL¹⁸ y Qohelet tenían sus nombres de guerra de los tiempos del partido. Todo el mundo les llamaba así y por esos nombres les conocieron Hugo y Jorge. Portritovagal era el nombre que había inventado Ana para una muñeca. Además le había creado una historia, una especie de cuento con lunas y pájaros nocturnos y terribles con la que había ilustrado su habitación, y cuando fue necesario elegir no tuvo que pensárselo dos veces. Vivía para lo que llamaba la magia y no era más que lo que un pedante llamaría un sentido poético de la existencia, uno de sus cuentos en vida; creía que la realidad está llena de señales que hay que reconocer y las buscaba

todo el tiempo y las obedecía ciegamente. Ana nunca apartaba la mirada; llevaba alegres vestidos un poco infantiles, faldas anchas y vaporosas, tenía entonces el pelo largo, reía continuamente y te hacía sentir ingenioso y ocurrente; realmente era su mejor muñeca. A veces tenía los ojos tristes pero decía Jorge que el triste eras tú y que ella sólo estaba leyendo tu alma. Cada uno la amó a su manera, porque cada uno inventó una Ana distinta, como pasa siempre, y fue misteriosa y fuerte y dulce y torpe.

Qohelet les dió cien explicaciones de su nombre¹⁹; al final Hugo y Jorge optaron por no creer ninguna y lo aceptaron como si fuera unido desde siempre a esa figura de emperador romano medio calvo y traslúcido, aparentemente concentrado en el esfuerzo de sostener el peso de sus gafas. No es que fuera un profesor de griego; Qohelet quería ser un griego clásico y representó su personaje por grupúsculos políticos, alguna bacanal ingenua, su tarima de profesor de instituto y varios grupos de teatro. Indeciso como era, unas veces creyó ser un cínico, siempre en el momento más inoportuno, y otras un epicúreo bebedor y mujeriego, lo que también es impreciso; y en el fondo era un fervoroso converso, un santo gentil, entusiasta asomado a todo, el típico espectador que siempre está en medio y recibe el pelotazo. Cuando Portritovagal salió de su vida perdió su centro; su único recurso fue cumplir el destino de su personaje, y ya no dudó, no dio un paso atrás y se paseó valientemente por el borde del abismo hasta caer en él. Su epitafio, que como siempre es injusto y por tanto estúpido, diría *Siempre se equivocó*. No sabemos si su vida fue un fracaso o un intenso poema breve.

Pronto uno de los juegos comunes de los cuatro fue buscarse un nombre. En sus peleas de niños, Jorge, para insultar a su hermano,

le llamaba “murciélago”, porque había empezado a llevar gruesas gafas desde muy pronto, que daban a sus ojos minúsculos un aspecto ratonil; eso explica la inicial. Pero por una vez el azar fue preciso y parecía que la falta de vista la había compensado con torrentes de claridad mental. El resto fue fácil, Jorge no tuvo más que recordar la afición de Hugo por el cine negro. “Maverick”, sugirió Qohelet, o “Mac Guffin”; «McIntosh suena como un disparo», sentenció Jorge, y no hubo más que hablar²⁰.

McIntosh le iba bien a Hugo. Era un apellido esquivo y exacto como él. No hablaba nunca de sí, en realidad hablaba muy poco, y sin embargo no se notaba; dejaba la impresión de ser un conversador ameno, de un humor agudo y muy ágil. Muy popular en el barrio, alrededor de él giraba mucha gente. No podía estarse quieto, por aquel tiempo ya había dejado los estudios para dedicarse a la distribución de instrumentos musicales, y dirigía un cineclub un poco fantasma y un poco escandaloso. Le gustaba la gente. Una vez intentaron atracarle y acabaron regalándole la navaja. Decía: «todos tenemos un *click* y, conociéndolo, a todos se puede llegar». Creía en la amistad, sin grandes palabras ni alardes, y demostró ser un amigo seguro. Amaba para siempre; decía que el amor es solo uno, que cada vez se encarna en alguien, pero fue esencialmente monógamo. Tenía un corazón grande, en el que cabían muchas personas. Siempre estaba de buen humor. Sólo dos sombras nublaron su alma: nunca supo el *click* de su hermano, y nunca comprendió la muerte de Ana. Jorge solo logró liberarse del peso de su brillo al descubrir que su hermano era ciego, que hay una miopía especial que sólo ve la luz.

Jorge era un ser frágil, un molusco sin concha, como decía Hugo. Portritovagal le protegía de la fuerza de su hermano; en cierto modo

era su complemento. Tímido y callado, la seguía extasiado, y ella adivinaba que todavía no había perdido el sentido del misterio y le tomó cariño. Porque Jorge todavía creía en la perfección y hablaba de que el esfuerzo nos hace infinitos y otras zarandajas metafísicas. En algún sentido no era de este mundo, su vida había sido su habitación y no había aprendido aún a ser normal, a contar chistes cuando hay que contarlos y a decir algo en vez de quedarse callado como un pez. Todo lo aprendió con el tiempo, y después pensaba que había sido tonto, pero Ana sabía que lo mejor de él sería siempre ese mundo que empezaba a perder, esa pureza intensa de niño autista. Sólo más tarde, cuando Portritovagal había logrado el divorcio y salía con Hugo, el rencor de Qohelet les llamaría Escila y Caribdis, y únicamente entonces encontró el nombre preciso para Jorge. El destino y el regusto morbosos de la derrota les había unido como a oTo y a efiatTes²¹, y celebraron el bautizo con eruditas borracheras y algún efluvio délfico. Compartían un amor por las palabras que había impulsado en otro tiempo a Jorge a intentar construir una lengua perfecta, en la que pudiera decirse *casa querida* en lugar de *mi casa*, en la que las sonrisas pudieran tener nombre y un cuerpo de mujer pudiera recorrerse en una frase.

Pero estamos hablando de otro tiempo. Ahora se asignaban una letra, con la que hacían listas de palabras definitorias. Así todos sabían quién era el Murciélagos, el rey Mhydras o la Medusa, quién Pótamos de las mil caras o átroPos la irreversible, el minoTauro y Teseo, el tonto Tiresias, el quimérico Qaos, el salado Qohelet, el uniQornio. La verdad es como un nombre, quién sabe dónde señala. Cada verdad es también un pequeño monstruo que debemos aceptar.

Capítulo 9

Discurso de Qohelet con ocasión de la constitución de la academia miqtológica

SEÑORA Presidenta, «*has cogido del ala a una cigarra*»²², atente a las consecuencias. Me ha correspondido examinar las causas que aconsejaron la prohibición de la inmortalidad a los seres

humanos, y crees que no encontraré quién se ponga de mi parte. Te he preparado un discurso a la erudita, escucha bien mi zumbido y juzga después.

Comenzaré por una precisión sobre Escila, no conviene encarar una tarea con el ánimo perturbado. **Virgilio**²³ confunde a la Escila hija de Niso, que será transformada en garceta o martinete²⁴, con el monstruo «*de quien es fama que rodeaban su blanco vientre monstruos ladrones*». El mito griego no nace como Palas *e cerebro*²⁵, es la obra en curso de un autor colectivo, un momento de la explicación inacabada de la realidad y por tanto una obra en continuo desarrollo. Para **Homero**²⁶ Escila es hija de una diosa, Crateis. **Hesíodo**²⁷ la hace ya hija de Hécate, divinidad no olímpica. Pero **Bowra**²⁸ cita al arzobispo **Eustacio**²⁹ que, en un escolio a **Apolonio de Rodas**, dice que «**Estesícoro** hace a *Lamia* la madre de ésta»³⁰. No es decoroso que tenga por madre a una diosa, sino a otro monstruo, devorador de niños. Tampoco puede un siciliano situar ya a Escila en el Estrecho de Mesina, los confines del mundo en el siglo VII se han extendido, el territorio de los monstruos y de lo fabuloso ha de situarse fuera del ámbito de lo conocido. **Estesícoro** fija sus límites más allá del recientemente descubierto reino de Tartesos³¹. Tenemos aquí el objeto de una investigación que bien podría corresponder a Hugo, cazador de oscuridades, bombero de la razón.

En su viaje de vuelta de Occidente³², tras matar al dios infernal Gerión³³, Hércules mata también a Escila. **R. Adrados**³⁴ señala el paralelismo de la *Gerioneida* y *El Cerbero*³⁵ con la epopeya de *Gilgamés* como variantes del viaje del héroe al reino de los muertos. Dejo para ti, querida, y tu paciencia de entomóloga, el tema apuntado del descenso a los infiernos³⁶. Yo sé lo que hacen los muertos: recuerdan y lloran.

Continuaré llamando a otras cigarras e insectos en mi ayuda, puedo juntar casi una nube. Apunta **Gabriel Germain**³⁷ dos ideas importantes sobre la *Odisea*. En primer lugar³⁸, remite el origen de la palabra «sirenas» a la palabra bíblica “Sir’â”, avispa, enjambre de avispas, o bien abeja. La etimología señala una creencia común mediterránea en el poder demoníaco o divino de estos insectos, ajena a la comprensión del autor, que les atribuye verosímilmente aspecto humano³⁹. Ni tienen alas, como pensarán los autores posteriores (y coherentemente con la etimología), pues hostigarían a sus víctimas, ni les acosan nadando...la única señal de su proximidad es una mágica calma del viento y el mar (¿como la que produce la música de Orfeo, Portritovagal?). En segundo lugar, las sirenas tientan a Ulises con el conocimiento: «*nada de cuanto ocurre en la fértil Tierra nos es desconocido*». Quien les escucha habrá «*aprendido de nuestros labios infinidad de cosas*»⁴⁰. Ulises resiste la tentación. En cierto modo, se niega a comer del árbol del bien y del mal. Pero es propio de buscadores de la verdad hablar cada vez de una sola cosa, y propongo a efectos que nos diserte sobre las relaciones de este tema con el de la igualdad del hombre y el dios. No olvidará citar a su **Safo**, dada la ocasión⁴¹.

Y ya repartidos los temas y satisfechos mi Erinis y yo de una digresión que no ha ido tan lejos, vuelvo con mis *roncas cigarras*⁴². Recordemos el mito de Titono, joven al que se atribuye proverbial belleza en múltiples lugares —por ejemplo en **Tirteo**⁴³:

ni aunque, más que Titono, fuera hermoso en figura

Enamorada la Aurora, pidió para él a Zeus la inmortalidad, pero olvidó pedirle también la juventud eterna. Las consecuencias son previsibles

y catastróficas. De nada sirve huir al extremo del mundo, la vejez acabará encontrándoles. Llegará a perder el aspecto humano y se transformará en una cigarra seca. En palabras de **Mimnermo**⁴⁴:

*Zeus le dio un mal a Titono, vejez perdurable,
que asusta incluso aún más que el horror de morirse.*

Concretando, el primer argumento sería de orden fisiológico: la decrepitud nos haría monstruosos. **J Swift** precisa el tema⁴⁵. Los inmortales o Struldbruggs perderían dientes y pelo, y con la edad no conservarían distinción alguna de gusto; comerían y beberían lo que pudieran conseguir, sin placer ni apetito. Las enfermedades propias de la vejez serían más dolorosas ante la horrible perspectiva de no morir nunca.

El aspecto de la vejez que más deploran al parecer un mortal y un inmortal es la pérdida del vigor amoroso. Así **Semónides**⁴⁶

*Ya que, sin el placer, qué vida humana
guarda atractivo, o qué poder? Sin él,
incluso la existencia de los dioses
dejaría de sernos envidiable.*

Mimnermo es más explícito⁴⁷

*¿Y qué vida, y qué goce, quitando a Afrodita de oro?
Morirme quisiera, cuando no importen ya más
los amores ocultos, los dulces obsequios, la cama,*

*cuanto de amable tiene la flor de la edad
para hombre y mujer; pero tan pronto llega la triste
vejez, que hace al hombre feo y malo a la par,
sin cesar le consumen el alma los viles cuidados,
ya no se alegra mirando los rayos del sol,
los muchachos le odian, lo vejan también las mujeres;
tan terrible dispuso dios la vejez.*

La ruina física iría además acompañada de pérdida de memoria y de las capacidades intelectivas. Los inmortales, dice **Swift**, olvidarian al hablar los nombres comunes de las cosas y de las personas. Tampoco podrían leer, porque su memoria no les serviría para llevarles del principio al fin de la frase, ni comunicarse porque no comprenderían el lenguaje de la época y no serían contemporáneos de nadie. Aún más, podríamos cuestionarnos si serían la misma persona. Dicho con las palabras de **Lucrecio**⁴⁸: «*si tan gran mudanza han sufrido las facultades del alma que de ellas han caído todo el recuerdo del pasado, tal condición, creo, no es muy distinta de la muerte; preciso es, pues, confesar que el alma que antes existía pereció, y que la que ahora existe ha sido creada de nuevo.*»

Los anteriores derrumbamientos van acompañados de degradación moral. ¿Qué virtud es posible si no hay mediación entre el deseo y el acto? Los Struldbruggs son, según **Swift**, «*no sólo testarudos, mal-humorados, codiciosos, taciturnos, engreídos, charlatanes, sino también incapaces de amistad.*» Perderían incluso los sentimientos morales ¿Cómo amar a seres olvidados? Están «*muertos a todo afecto natural, que nunca descendía más allá de sus nietos. La envidia y los deseos impotentes son sus pasiones predominantes.*» Envidian los vicios de los

jóvenes y la muerte de los viejos. Porque la muerte es el reposo. El que muere, «*¿cómo no va a dar gracias a todos los dioses por cuanto, colmado de días, ha sido conducido al descanso, necesario a todo hombre, grato al extenuado!*»⁴⁹.

Quisiera añadir a las pruebas anteriores la historia que recoge **JG Frazer**⁵⁰: «*Los melanesios de las islas Banks y de las Nuevas Hébridas dicen que al principio los hombres no morían, sino que cuando se iban haciendo viejos mudaban la piel como las serpientes y los cangrejos, y resurgían jóvenes de nuevo. Hasta que un día una mujer (...) se encaminó al río para mudar la piel (...) De vuelta a la casa (...) su hijo pequeño (...) se negó a reconocerla, llorando y diciendo que su madre era una mujer vieja y no aquella joven extraña. De modo que para calmar al niño, la mujer fue a buscar la vieja piel y se la puso de nuevo. Desde entonces los hombres han dejado de mudar de piel y han muerto*». Lo que podría parecer una respuesta a los argumentos anteriores (renovación periódica contra el envejecimiento progresivo e inevitable) es realmente una confirmación de la hipótesis porque cierra otra salida. Si una primera lectura ingenua identificaría la compasión como causa de la mortalidad, un examen más a fondo señalaría un problema esencial: el niño no reconoce a su madre porque no es, no puede ser la misma persona. Debemos hacernos la pregunta del necio⁵¹: «*Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vienen?*» ¿Qué pueden recordar? ¿Quiénes son?

Querer volver a nacer es propio de quien no sabe vivir; **Epicuro** lo denuncia⁵²: («*Entre otros males la necedad posee también el de comenzar siempre a vivir*»). ¿No aprenderás nada? ¿Merecerás siempre nuevas oportunidades, sin responsabilizarte de tus actos? Quien no elige

una vida no vive, esto es de mi cosecha. La vida del que no elige es insignificante. *«A algunos les invade el hastío de realizar y contemplar las mismas cosas, no el odio, sino el tedio de vivir (...) decimos «Hasta cuándo las mismas cosas? Es decir: me despertaré, dormiré; comeré, tendré hambre; sentiré frío y calor. Ninguna cosa tiene final, sino que todas enlazadas en círculo se alejan y vuelven (...). No hago nada nuevo, ni contemplo nada nuevo; ello, al fin, me produce náuseas». Son muchos los que no consideran la vida penosa, sino superflua»*⁵³.

Los inmortales del señor **JL Borges**⁵⁴ son de parecida condición. El autor ya no se plantea el problema del envejecimiento ni la enfermedad. Su desazón es metafísico-existencial: en un tiempo infinito la identidad es ilusoria; la infinitud desvaloriza la existencia, la piedad, la acción. Los trogloditas han destruido la Ciudad y han construido un monumento a la locura y la angustia. ¿Para qué amar, para qué comprender el mundo, para qué intentar explicar lo que cada uno descubrirá con el tiempo o ya descubrió y ha olvidado infinitas veces? ¿Para qué hablar si ese que tienes delante eres tú separado por una distancia sin límite? Dice **Borges**: *«La muerte (o su alusión) hace preciosos y patéticos a los hombres. Estos conmueven por su condición de fantasmas; cada acto que ejecutan puede ser el último; no hay rostro que no esté por desdibujarse como el rostro de un sueño. Todo, entre los mortales, tiene el valor de lo irrecuperable y de lo azaroso»*.

Los inmortales podrían ser jóvenes y hermosos como dioses olímpicos, podría alegarse. Imposible. Esta tesis confunde la inmortalidad con la invulnerabilidad. Aceptémoslo. Supongamos una ciencia y una tecnología perfectas; vencida la enfermedad, vencidas la programación genética para la muerte, las causas de arteriosclerosis, degradación

neuronal, el cáncer; supongamos incluso superados los problemas de la explosión demográfica (¿prohibiendo los nacimientos?), el caos ecológico y energético (¿limitando la inmortalidad a una casta dominante?), los problemas de identidad (si tenemos a un inmortal invulnerable y lo partimos por la mitad, ¿tenemos a dos inmortales?). Entonces el inmortal habrá tenido nacimiento pero no tendrá fin. En un tiempo infinito todos los hombres se darían muerte unos a otros, todos se suicidarían, todos olvidarían su propia existencia, la ciencia, su inmortalidad. En un punto de la historia la ciencia sería olvidada ¿y cómo mantener sus logros?⁵⁵

Por otro lado, ¿es el espíritu invulnerable? Escuchemos la vieja respuesta de **Lucrecio**⁵⁶: «Sin contar lo que el alma sufre a causa de las enfermedades del cuerpo, ocurre también que se atormenta pensando en el futuro, el miedo la hace enfermar, la consume el cuidado, como asimismo le remuerde el recuerdo de sus culpas pasadas. Añade a esto la locura, que le es propia, la pérdida de memoria; añade el letargo, en cuyas negras olas se sumerge».

Los dioses no son más felices que los hombres, Zeus no es más feliz que Aquiles. Podrá gozar como un hombre cuando seduzca a una mortal, pero siempre temerá ser sorprendido por Hera; estará atado eternamente a una esposa a la que no ama. ¿Es feliz el burlado Hefesto? Incluso Afrodita está condenada a ser Afrodita como un funcionario sin esperanzas de jubilación; como en un empleo sin vacaciones, debe cubrir su campo de actuación sin salirse de él. Los dioses, cansados de sus disputas ridículas y de contemplar impotentes a los hombres, han caído enfermos de tristeza. Están sumidos en el tedio, del que la humana estupidez, como definitivamente ha demostrado **Erasmus**,

nos libera. «¿Quién soportaría tener relación o trato habitual con un anciano que, a su extensa experiencia de las cosas, añadiese una fuerza de espíritu y una claridad de juicio equivalentes? (...) El anciano chochea (...) Este anciano (...) no resulta un compañero desagradable (...) No siente el tedio de la vida, que en ocasiones la edad más vigorosa apenas puede soportar»⁵⁷.

Un último argumento: la inmortalidad es un mal, la muerte es un bien. En primer lugar realizaremos una prueba de carácter metafísico. Admitiréis que de lo que ocurre siempre sin excepción podemos decir que no puede ser de otra manera. Ahora bien, esa es la definición que **Aristóteles** da de necesario: aquello que no puede ser de otra manera⁵⁸. Que lo necesario es bueno se deduce analíticamente del significado de necesario⁵⁹. Luego la muerte, que no tiene excepción, es un bien. Para sostener que hay cosas peores que la muerte no necesito el apoyo de nadie. ¿Que es impredecible? Pocos hombres soportarían saber el número de sus días, los más sufrimos neciamente por el mal que todavía no ha llegado. Los hombres temen la vejez y el dolor, ya lo hemos visto, o el sufrimiento en la agonía, que es un hecho de la vida, o la oscuridad del Hades, y no le vamos a conceder mucho fundamento a la idea de ver sin ojos, esperar sin cuerpo, sufrir sin nervios ni cerebro.

Procedamos a probar gráficamente que la muerte es un bien. El buen centauro Quirón había sido herido accidentalmente por el héroe Hércules y sufría de terribles dolores, atroces porque las heridas de las flechas de Hércules no tenían cura. Quirón se retiró a su cueva deseoso de morir, sin lograrlo, pues era inmortal. Sólo encontró el descanso cuando Prometeo, que había nacido mortal, se avino a cederle su

derecho a la muerte. Paradójicamente se produce aquí la inversión del argumento de **Frazer**: el titán Prometeo asume la inmortalidad por compasión.

Que la muerte es un bien lo canta también **Mimnermo**⁶⁰

*Que, libre de males el cuerpo y de tristes cuidados el alma,
a los sesenta años me coja la muerte fatal.*

No obstante, es un bien sobre el que no conviene precipitarse. Con ironía le corrige **Solón**⁶¹

*Pero, si sigues haciéndome caso, quita ese verso,
y no te enfade el que yo lo entienda mejor,
cámbialo, dulce poeta, y canta de esta manera:
«A los ochenta me coja la muerte fatal».*

Y es que tampoco hay que tener prisa, antes morir que perder la vida.

Como ves, sin tener que retorcer muchos brazos he podido encontrar decenas que muertos que me den la razón, y ellos sí que deben de entender de esto; busca tú ahora un inmortal que me lleve la contraria. Pero un discurso, como una vida, debe tener un fin, todo acaba en Caribdis⁶², y este discurso también. Muchas gracias por escucharme.

Capítulo 10

minoTauro y Teseo

(efialTes)

minoTauro en el espejo⁶³

Sé que me acusan de soberbia, y tal vez de misantropía, y tal vez de locura.

Jorge Luis Borges, *La casa de Asterión*

En la oscuridad de la prisión una vez más repaso las imágenes de mi infancia: la cabeza pegada a la ventanilla del coche, pasaban los árboles y casas, viajaba de salto en salto por un instante único. Esos destellos son mis últimos contactos con la eternidad, perdida para siempre. Hoy me torturan una nostalgia hiriente y la certeza de este esfuerzo sin fin, ninguna palabra puede recuperar lo que has olvidado; soy culpable del olvido y sin embargo el olvido será mi fracaso y mi paz. He inventado mi vida para tapar este hueco, sé contar historias, puedo incluso decir: siete veces he soñado una playa de cristal, y he despertado chapoteando en este cieno oscuro. Corro por las galerías para huir de mí. Ya no soy humano, me perdí en una tormenta de dudas traslúcidas, sé que no existe más que este laberinto de notas inarmonizables y anhelo no obstante la claridad del día. Mi prisión no tiene muros ni guardianes, no son necesarios. Siempre seré yo, donde quiera que vaya, no hay un sitio al que escapar. Cuando, a veces, he olvidado el griterío que constituye mi memoria, me levanto alegre y corro al espejo. Alguna vez he permanecido ante mi imagen hasta borrar todo resto de alma —y en el vacío tampoco está el descanso. Anhelo la aventura como una lluvia fresca, espero a Teseo porque para él nací, soy su maestro y su mentira, yo soy su reflejo y alguna vez me entenderá.

Teseo

Silencio del álamo: invocación de la caverna, los senos, la onda en el agua, la húmeda oscuridad. Encuentro los sobrenombres amontonados de la aventura. Sí, cada palabra crea un cosmos pero ojalá sólo tocaran cosas pequeñas, ojalá sepa hacerlas precisas...

Abocar, ingrutar, rodeosdudar, yamirar yacasihuir, vacilandar, ecosderroncorrespirar, negrasombralatente, tensobuscar, laberintar y luz, primerplanoderrelámpagodehueso, lucha, cuerpossudar y rojo. Y el minoTauro, que tenía los ojos tristes, remurió satisfecho, como había muerto cada ocasión desde que sus presuntas víctimas le habían perseguido por trampagalerías y cerebrostratonera con la mal disimulada esperanza de ser atacados. Y cada héroe consumado había seguido su hilo en un regreso al punto de partida: la telaraña del olvido los envolvía, y en repeticiones irrevocables, con minuciosidad funesta, besarían adiós a la externa Ariadna y entrarían en el melancólico bostezo, huida, avance.

Porque, ciegos en el mundo subterráneo, ¿qué otra cosa podían hacer que regresar?

Capítulo 11

Una pequeña broma (primera pesadilla de Qohelet)

IBA Q⁶⁴ literalmente dando vueltas Albaycín abajo. Se paró. ¿Literalmente? No se imaginaba rodando como una *o*, nunca se dejó engañar por la vanidad proteica, eso hay que decirlo en su favor. De modo que bajaba Q literariamente la cuesta, lo cual ya es difícil, y a veces hasta volvía a subir, guiado solamente por la búsqueda de pequeños signos, habrá que suponer de puntuación, ¿puntos y aparte,

comas, interrogaciones? De manera que así tampoco podía ser. «*Pues no es enredoso dar un paseo*» debía de pensar entonces, mientras volvía sobre sus pasos para romper los hilos de una tela que le ahogaba como ahoga el destino, imaginariamente, y se sentaba rendido en Carvajales, hecho un ovillo, claro. Se sumergía no sé cómo en sus pensamientos, que no le llevaban a ninguna parte, evidentemente, y entonces ya a lo mejor no se ahogaba porque habría descansado o nos habríamos cansado de jugar con Q y le dejamos irse.

Capítulo 12

Gorgona

Capítulo muy incompleto⁶⁵

LA llamada le cogió en la segunda cerveza, cuando el subinspector Martínez empezaba a contar uno de sus chistes de mariquitas. Serían las nueve y media y pensó «Ya me han dado la cena». Engulló la tapa, puso un billete de quinientas en el mostrador y siguió al cabo hasta el coche celular. Una chica, le dijeron. Han encontrado su cadáver en el Darro. En esta ciudad de provincias había pocas ocasiones para el lucimiento, así que el caso le interesó.

La forense parecía Giulietta Massina imitando a Chaplin. Tropezó, dió unos saltitos de gorrión y dijo «Se ha roto el cuello». El subinspector,

al que en la comisaría conocían como Maverick por sus gabardinas y por creerse Bogart, comentó: «¿Entonces no ha muerto ahogada?», deducción que causó murmullos de admiración entre el gentío arremolinado de mirones. Sintió hambre, la cerveza empezaba a hincharle el vientre. Pensó: «Tengo que empezar a cuidarme. ¿Pero cómo no beber en las horas eternas de guardia? Cualquiera se trae un libro». El cabo miró el cuerpo de Ana, tendido como una muñeca rota, y musitó: «Era guapa esta chica». Maverick, alejado, dijo «¿Cuándo coño va a llegar el juez?». Siempre hacía juicios tajantes, para dar una imagen, ya se sabe; pero tenía estudios, un par de años de derecho, algo apolillados, la verdad, a estas alturas.

El procedimiento era rutinario. Levantamiento del cadáver, búsqueda de testigos, identificación, localización de parientes más cercanos. La comprobación de la causa del óbito no se retrasó, y a los dos días podía descartarse el uso de otro estupefaciente que el con receta médica que llevaba consigo la difunta. Una gitana del Monte había visto los hechos. La mushasha le había pedío fuego, tenía la mirá perdía del que va a matarse.

Parte III

Final

Capítulo 13

Autorretrato

(el sueño de efialtes)

ESTA noche⁶⁶ he soñado mi muerte, y no sabía morir. Quizás, ojalá, este final me baste y mi muerte prosaica sea la consunción de las repeticiones. Lo que más me sorprende es la certeza de que era un esfuerzo inútil y el temor a que debiera repetirlo.

Llenó los dos vasos. El suyo hasta muy arriba. Acarició las arrugas de su frente como si fueran nuevas. Bajo el flexo su aspecto, voluntaria, afanosamente avejentado, los vasos y el desorden de los papeles que llenan la casa. Entre la luz y nuestras dos soledades distantes una voz,

su voz vacilante, arrastrada como si Billy Holliday todavía pudiera sufrir. Sonríe, quién sabe bien porqué.

Siempre me he sentido un poco ridículo; de mis años de teología no me queda más que un escepticismo austero y resignado. No entiendo la nostalgia de aquella tarde en que empezamos a ser libres. Enmarqué la copia del Miró azul que Ana había terminado esa tarde; había pintado su luna, y a la niña que había sido —siempre asoman los mismos fantasmas cuando se está contando la verdad. Pero no tengo fijaciones, si compré esta casa de Elvira fue para engañar a la memoria con la confusión de las imágenes, no para recordar. Lo más asombroso es que han pasado los años sin una vacilación, empeñados como yo en alejarnos que quienes éramos entonces.

Por un segundo calla, asombrado por su exceso de palabras. Recuerda que está borracho como el mar, y una presión allá abajo en la vejiga, pero no se mueve... quizás la incomodidad le haga hablar.

A menudo me he preguntado por qué habla la gente, sostenedores de ecos, ecos de ecos...He buscado aquellos retratos imposibles. Los reescribí mil veces en el dolor polvoriento del silencio, casi en secreto, ni siquiera mi hermano los ha visto. Los he guardado como si fueran lo más vulnerable de mí, y sin embargo en ellos sólo el abanico de las mil versiones es doloroso. Te los leeré ahora: sonreiremos a las anécdotas. Leí aquel día alguna de las versiones, atardecer de un seis de mayo, antes de que estalláramos en la dispersión. Me gustaría volver a ver a mi hermano, a Ohelet...¿Sabes que dejé el seminario por ella? Lo repito siempre, un poco lo mejor de mí nace de aquella vergüenza. He imaginado que saltó al río como la Maga de Cortázar...Nada volvió

a ser igual entre mi hermano y yo; a Qohelet —nunca dejamos de llamarle por su nombre de guerra— lo seguí viendo apagarse como una vela, ya te contaré. Ella llevaba un vestido blanco, nuevo; eran los primeros días de calor después de una primavera lluviosa. Todavía me consume la rabia, aún soy culpable de torpeza al recordar aquel día. Nos había hecho, alrededor de esta misma mesa, del tiempo un mar helado y gris que nunca crece y nos pidió dar una vuelta; su enfermedad le causaba intensos dolores, y esos días estábamos pendientes de ella. Hugo dijo que tenía una reunión y Qohelet fue a comprar no sé qué...como si Ana no llevara la muerte en el bolsillo, como si fuera un día repetible. Pero hasta ese día fuimos unos niños.

Los retratos son como una foto que tuvo que ablandar su intensidad y ya está descolorida. Después vino el tiempo como una cuenta atrás, devorador, cargado de caras y vidas y sin embargo declinante y vacío. Me acostumbré a viajar y a regresar a esta casa. He amado a pocas mujeres, cada vez menos. Esperé en mi rincón acariciar el paso cimbreante del mundo, cómodamente alargar la mano y acariciar su cuerpo preciso y esquivo, y no sé bien si pasó. Si he sido un contemplativo, ya no: se mira lo nuevo y las cosas no son nuevas. Poco a poco el mundo se ha hecho pequeño. Busqué la costumbre en la mujer que más me amó porque la puerta de su óptica decía tres misterios: *RMHE*, *TFZIL*, *CBUNO*. Un día le dije adiós porque eran todo su misterio, desde entonces me he esforzado por vivir cada vez más solo. En sucesivas renunciadas abandoné la enseñanza porque no hay nada que decir, y la costumbre de viajar porque el laberinto del mundo no es más rico que el de este caserón. Alguna vez me sentí cerca de aterradas teologías negativas, de místicas melancólicas, de algún vértigo poético; los he olvidado serenamente, son como

las calles de una ciudad que ya no puedo identificar. He conocido a hombres admirables y oscuros, alguna sonrisa, he elegido algunos gestos, es suficiente. Algo leí y algo recuerdo, amé algunas palabras que involuntariamente tiendo a repetir. He vivido de traducciones, de amigos resignados, de mi extrema falta de necesidades. Las cosas se me acaban, de algún modo esta repetición es una forma de elegir mi muerte. Sólo queda que mi memoria me olvide. Quizás algún día estas palabras sean mis palabras, ¿quizás lo deseo y tocaré su hombro? Pero espera un momento, voy al servicio. La próstata, ya sabes.

Capítulo 14

Segunda pesadilla de Q

Notas:

Imagino⁶⁷ un personaje para el que cada esquina de su ciudad se ha convertido en signo de un recuerdo y cada nueva vivencia se adapta a los significados interpuestos hasta constituir un código complejo, un círculo omnicomprensivo. El personaje mantiene una única conversación, cada interlocutor es el intento de introducir en el paisaje una sorpresa cada vez más improbable.

Hay barrios como cerebros, laberintos de calles retorcidos como un alma, en los que pasear es repasar tu vida y en cada encrucijada eliges un destino, otra gente, quizás una ciudad nueva.

Iba Q paseando lógicamente por su laberinto.

Capítulo 15

La carta que Hugo tiró a la papelera (segundo retrato de Hugo)

Cortar por la línea. Este capítulo sólo se leerá una vez

-----&<-----

SUPONGO⁶⁸ que nos habrá pasado a todos, aunque es de esas cosas que nunca se te ocurre comentar; de pequeño uno miraba a sus padres y a los huéspedes de la pensión y siempre se preguntaba

en qué cosa misteriosa consistía ser mayor, qué secretos, qué fuerza les hacía suficientes... y qué derecho tenían para verlo todo y prohibirte ir o mirar. Es curioso, sabías que no servía de nada preguntar, que tenías que descubrirlo por ti mismo. Y es que el mundo era una aventura, como un gran campo que había que recorrer, un espacio único y coherente; porque los días, incontables, estaban de tu lado, era cuestión de un poco de paciencia. Sólo había que ir y reunir el tesoro de las cosas y volver al calor de tu casa. Los niños son felices porque sus preguntas tienen respuesta. De pronto un día descubres que las personas, como las palabras, son mundos imaginarios, algunos dislocados y crueles, cada una dice su verdad. Lo único que nos diferencia de los niños es que sabemos que los misterios están huecos y que debemos callarnos, porque en el fondo no tiene importancia. ¿Sabéis lo que es ser mayor? Que lo que llamas *ahora* pudo ocurrir hace veinte años, sentir de golpe que se te ha escapado el tiempo. El camino se ha hecho cuesta arriba y llegas agotado a la cima; el panorama es una llanura de cadáveres, los despojos de lo que hemos sido, la chatarra de nuestros brillos. Ocultárnoslo es inútil, y cobarde. Yo sé porqué vuestro tío Jorge no quiere publicar su novela y ni siquiera me la ha dejado leer a mí. Jorge siempre quiso ser normal, y a cada paso que daba hacia la normalidad perdía algo de sí, algo muy propio y distinto. Ya sólo le queda la novela; no sabe que la novela es como una frase en una lápida, su cadáver, algo seco sin él, sin su sangre.

Es difícil explicarse desde esta distancia desde la que he elegido hablaros: cuando leáis esta carta estaré muerto. Quizás alguno la lea por azar entre mis papeles; no me preocupa que se pierda, sencillamente porque trata de esas cosas que nunca se dicen. ¿Para qué escribir esa verdad triste que todos sabemos? Sólo quiero confirmaros que era

como vosotros. He querido adivinar en vosotros la misma duda de aquel niño asombrado, os he visto crecer persiguiendo alegres las cosas como yo las perseguí. No hay nada que valga la pena en la vejez. Como decía el poeta, *ya no me acompaña la alegre juventud, mis dientes están viejos y las muchachas se ríen de mí*.⁶⁹ Pienso en la muerte a menudo, no me da miedo, me he acostumbrado a ella desde la muerte de vuestra madre. Sólo siento pena. Tontos como somos, nos creemos capaces de resumir la vida en una frase; decimos: la vida es bella, es una mierda...Para mí es como un tango, si hasta puedes decirlo en lunfardo: *Piantao, quisás consigas plaata, pero siempre estarás atado al laburo*. La vida es una de esas malas películas en las que muere hasta el apuntador. Conocerás a todo el mundo en la ciudad, de todos sabrás y de ti la mayoría sólo sabrá que te gustaba bailar o que les vendiste algo, porque habrás vivido oculto. No escribirás un libro como tus amigos, para qué, ya hay suficiente ruido. Diez, doce veces les habrás dicho a tus hijos que un día les ibas a enseñar las calles de tu infancia, y quizás la número trece de una serie que creías infinita sea la última. Te jugarás a los chinos durante años las tapas del mediodía y hablarás y contarás chistes y beberás lo justo, *de nada demasiado*, como decían los antiguos. Habrás aprendido que no hay nada tras el túnel de una borrachera más que resaca, y que los paraísos que no tienen regreso son infiernos. Nunca invitarás a Robert Mitchum a un helado en *Los Italianos*; a veces has pensado de qué podríais haber hablado, probablemente de nada, de lo bonita que es España o de que has visto sus películas. Amarás, *aunque sus ojos no sean como el sol*.⁷⁰ Te quedarás solo, un viejo deprimido y molesto en una habitación fría por la que cruzan dos desconocidos, recordarás haber jugado en una habitación cálida con dos niños que eran parte de ti. Serás un extraño en tu ciudad, morirá sorprendentemente más

rápido que tú. Todo será más gris, las tardes, los árboles cada vez más lejanos. Habrás trabajado cincuenta años sin otra ambición que dejarles algo a tu mujer y a tus hijos y un día el tabaco te consumirá. Morirás con la imagen clavada en la memoria de una tarde que perdiste para siempre, el recuerdo del deseo de una muchacha que dejó de existir hace sesenta años. Presumirás de lo que has logrado, de tu casa, de la cultura que has dado a los tuyos. Recibirás, como todos, los golpes amargos de la vida; llorarás, como todos. Sentirás a veces emociones desnudas, a pesar de los años y de la suciedad que nos va cayendo encima; un día, mirando la sierra desde la vega, comprendiste que no hay mayor placer que la belleza, y que no hay mayor virtud callada que estar abierto a ella. Aprenderás a superar la prisa, no hay donde ir y sí donde quedarse, viviendo con fuerza el paso de los años, la salud, los amigos, la ciudad. Algunas veces serás generoso, ecuánime, un padre modelo incluso, otras serás cobarde, te sabrás culpable de omisiones y silencios, algún remordimiento te perseguirá toda la vida. No habrás sabido decir las cosas importantes. Habrás sido bueno, esa palabra de niños, sin saber por qué, sin buscar premios ni seguir principios, porque ese era tu personaje, porque, sin más vueltas, eras así.

Te mueres y no pasa nada. Quiero que este sea mi epitafio. Y no sabrás que has sido feliz.

Capítulo 16

Los Tristes II: la piedra pírrica

(efialTes)

HAY una piedra⁷¹ en el aire que debe caer.⁷² Esta ciudad no es la misma, la desidia y la estupidez la destruyen como carcoma, pero al llegar la noche la cubre un misterio frío y puede repasar sus viejos pasos: las bodegas González, una taberna amarilla donde un viejo amarillo te servía despacio de toneles que olían al sudor del vino; salir a la calle maldiciendo a un coche que te hacía subir apresurado a la acera; el olor a meado de gatos cubierto de azufre en los portales, los jazmines blancos de una tapia, el lugar donde

estaba el cine y vivió otras vidas de noventa minutos, las Castañeda y su primer vino dulce, los vendedores de *costo* susurrándote al oído *¿quieres mierda?*... no puedo ver mi calle, sino el arco ya derribado bajo el que besé a una muchacha que sólo me amó esa tarde, la acera estrecha por la que paseé mil veces, igual de desesperado, pensando en mujeres distintas...la ciudad que es tu ciudad está hecha de aluviones superpuestos de recuerdos, de girones de ti que se han quedado enganchados en las esquinas.

Evita pasar por el puente desde el que ella saltó; sube hasta San Juan de los Reyes y baja por cualquiera de las sucias calles que llevan al río; se sienta en un banco de Los Tristes, bajo un pino desvencijado al que puso de nombre Ana; mira a la Alhambra hasta que logra verla como un cuerpo de mujer tumbado en la hora en que las torres toman el color de la carne; espera a que salga la luna y le alcance el tacto lejano de abrazos en Carvajales o en San Nicolás, esa sustancia fría a la que llamaba amor. ¿Deseo una segunda oportunidad? ¿Debí olvidarla, pensar: no supo vivir? ¿qué podría haber dicho? ¿se convencería un suicida a sí mismo si pudiera oírse, discutir, salir de ese monólogo que le arrastra? Hay lunas terribles, tienen perros que aúllan y nos inunda la lluvia de su orina cruel, hay que hacer un esfuerzo por conservar la razón, por salir de esa luz amarilla. Pero quien sabe volver es el dueño de misterios sin fondo, eso lo aprendí de ella. La vida es un poema, sólo vale porque acaba, si consigues que rime, si no se te pierde en el camino. El viejo suspira en el banco del Paseo de los Tristes, luchando contra el tiempo, contra su fracaso. De qué vale una novela si no consigues decir: esto quería decir y ya lo he dicho. De qué vale una piedra lanzada si no puedes pensar: hasta aquí he llegado, y reírte de ti. Me daría la vuelta y le sonreiría. Miraríamos las cosas girar en

esta tarde mágica, los árboles de la colina roja, el viento frío⁷³. Ha terminado la serie de minuciosos ensayos, he corregido las palabras, los deseos, aquella rabia alegre, y ahora estoy terminado, desnudo y sereno como un árbol. Este soy yo, caído en la tierra como un ser humano. Portritovagal, una y todas las muñecas, os quiero tanto. He traído mi novela como una flor. Tropofanía⁷⁴ bajo el árbol de Ana.

Parte IV

Apéndices

Apéndice A

La primera versión

y tú que miras⁷⁵
ojo PUNTUAL
el humo del cigarro que estás fumando
las sutilezas del espíritu más puro
remolinos casibrazos postincendios
atraviesan la fuente helada de tu frente
para ser tú diáfana
y ves a quo que habla en olas te dirige
sus más íntimos buceos en la memoria
el viejo disco sordo resacas
sus manos luchan RECTAS hasta
de nuevo amasar un trozo de su sueño

delgado ardiente efímero
y hugo qué fuego anhela en la ventana
nos TRIANGULA inhumano
nos TRIANGULA cruel despacio con gafas
de nieve quiere ver
la tarde siempre ensangrentada
que nos TRIANGULA inmenso
y yo cuando os lea este ANILLO de palabras cerradas

torpemente y fríamente reduciéndoos a opuestos

fantasmas geométricos supuestos
habitantes de distancia infinita
reducido a copista de detalles perdidos
que nadie encontrará
y a romper este ritmo y el giro endiablado
de la ESFERA de luz
nos prometo mil nubes y un baile de máscaras
y una tarde de tardes finita y dorada
y a vosotros fantasmas una fuga de carne
PUNTUAL
y tú que miras

Apéndice B

Epílogo

LA cosa es así⁷⁶. Un hombre dedica al estudio treinta, sesenta años, busca en bibliotecas, lee todos los libros, llega a comprender. Quizás escriba un libro, quizás guarde silencio porque para comprender su libro harán falta treinta, sesenta años. Entonces muere.

Apéndice C

Apuntes

Nota de principios de los 80: Si puedo sentir lo mismo que entonces, el tiempo no existe. Quizás esta sea la tesis secreta, que tan a menudo olvido.

Claro, el plan era la reescritura del Ulises, sin mucha justificación - sólo por admiración. Más que nada porque soy incapaz de inventar otra historia.

El punto de partida son los cuatro retratos, un grupo que escucha a uno de sus miembros la lectura del texto que nosotros estamos leyendo. Como no tengo imaginación tuve que partir de un esquema, que

en aquellos tiempos platónicos era la geometría simbólica de Cusa.

Hay también una progresión un tanto budista hacia la nada. Porque la primera parte es la historia de un fracaso (o de una negación) y la necesidad de una fuga. Después viene la vida.

Nota de abril de 2002: Me preguntaste una vez, bruja, si una frase podía dibujar un cuerpo, si cabe una persona en las palabras. No lo sé; lo he intentado y fallé. Pero alguna vez casi lo consigo.

Nota de julio de 2002: Esta obra adolescente no está acabada, ni falta que hace; hace años que no cambio más que comas. Si la continuaré o no, no depende de mí; si nuevas páginas se me imponen estaré listo. Lo que ha cambiado es que a partir de ahora la puerta estará abierta, podréis entrar en la habitación y ver el trabajo...

Notas Finales

¹Versiones de *Los Tristes I*: 23 Jul 82, 11 Jul 83, 24 Ag 83, Sept 89. Primera versión 386: 15 Abr 91, 13 Jun 91, 15 Jun 91, 16 Jul 91, 27 Ag 91, 3 Sept 91. 5 Ag 92 (añado el dibujo del vencejo con WP 5.1 para Windows). 21 Mayo 93 ('Esta es la historia de...' + vuelta a WP 5.1 para DOS). 22 Mayo 93 (conversación P y T, 'El Río Darro...'), 24 Mayo 93, 25 Mayo 93 (la piedra). 10 Julio 93 (retrato perfecto, no la conocía). 18 Oct. 94 (corrijo la confesión; WP Windows 6.0). Dic. 97 (html). Febrero 2000 (lyx). 4 Sept. 2000 (elimino charlatanería adolescente).

²Esto es el «feo, católico y sentimental» de Valle Inclán.

³Esta piedra caerá en Los Tristes II.

⁴¿Ana Rodríguez Fernández?

⁵Versiones de *Portritovagal*: 1 Jun 82, 11 Jun 82, 13 Jun 82, 19 Jun 82, 21 Jun 82, 25 Jun 82, 5 Jul 82, 23 Jul 82, 13 Sept 82. Primera versión wp 23 Mayo 91. 14 Jun 91, 16 Jul 91, 27 Ag 91, 29 Ag 91, 30 Ag 91, 3 Oct 91, 31 Jul 92. 31 Jl. 93: corrección importante (intentos...). 18 Oct. 94: WP 6.0 Win. Enero 98 (html). Febrero 2000 (lyx).

El arte de P es la **pintura** (colores planos, mironianos). Y esta página, y este cuadro, son azules. El nombre es joyciano: *Portrait of a girl*. En la ocasión anecdótica que dió pie a la escena existió realmente una copia a mano de un cuadro de Miró: *Mujer y luna* o *Mujer y pájaros*, no recuerdo. También existió una buhardilla en Elvira, y hubo lecturas alrededor de la mesa.

La forma cusiana es el punto originario, la figura es el Padre. Sentimiento: el dolor. Símbolo esencial: los insectos (hormigas, abejas...).

⁶Latidos (es latín)

⁷Versiones de *El gesto*: 6 Sept 81, 10 Dic 81, 15 Feb 82, 28 Jun 82, Nov 86. Primera versión en WP 5.1: 14 Jun 91, 15 Jun 91, 16 Jul 91, 3 Sept 91, 18 Sept 91, 3 Oct 91, 12 Oct. 92, 22 Mayo 93, 25 My 93. 21 Jl. 93: cita de Lukács. 19 Oct. 94: versión WP 6.0 Windows. Enero 98 (html). Febrero 2000 (lyx). Julio 2002: elimino un poco de retórica.

El arte de Q es el **teatro** (el gesto). De hecho contemplé una representación de Calígula, y creo recordar una lectura en la Alhambra de alguna obra suya (¿un personaje era Otto? El pasado tiene la consistencia del sueño). La forma es la línea, la figura el hijo crucificado. Sentimientos: pasado, amargura. Estilo: o ... o ... o ... (Q no elige).

⁸Lukács, *Historia y conciencia de clase*, pg. 23.

⁹Versiones del *Retrato de Hugo*: 22 Ag 82, 28-9 Ag 82, 16 Sept 82. Primera versión en wp 14 Jun 91. 15 Jul 91, 16 Jul 91, 30 Ag 91, 1 Sept 91, 3 Sept 91, 18 Sept 91, 3 Oct 91, 30 Jul 92, 31 Jul 92, 22 Oct 92 (tacho 'del mástil'). Enero 98 (html). Febrero 2000 (lyx). 7 Sept. 2000 (tacho 'estoy cansada del sol y de las olas'). 18 Sept. 2000 (sustituyo gráfico .eps por letra gvibc).

El arte de Hugo es la **música** (tema de la medida). No se entiende nada si no se sabe que Hugo significa *espíritu*, de ahí nacen la mayoría de las bromas. Ocupa el lugar del espíritu santo. Hay otros chistes muy privados con el significado de Miguel (¿quién como Él-Dios?). La forma de Hugo es el triángulo. Sentimiento: libertad.

Este fragmento quiso ser un collage de recuerdos de versos de la literatura española. La verdad es que me ha quedado un poco folklórico.

¹⁰Será que no entendí este verso pero me parece uno de los más misteriosos de nuestra literatura. No sé si explicar el chiste siguiente o dejarlo en el misterio. Es un juego de palabras un poco agramatical pero muy griego, basado en el Génesis.

¹¹Traducción de Don Sem Tob del concepto aristotélico de ethos

¹²Versiones de *Tropofanía*: 25 Oct 81, 1 Ag 82, 26 Ag 82, 8-9 Oct 82. Primera versión WP 5.1: 14 Jun 91, 15 Jul 91, 16 Jul 91, 27-29 Ag 91, 18 Sept 91 (tiempo = túnel), 3 Oct 91, 25 My. 93. 19 Oct. 94: WP 6.0 Windows. Enero 98 (html). Febrero 2000 (lyx).

El arte de T es la **palabra**. La forma es el **círculo**. Quizás esto sea la Santa Cena.

¹³Versiones de *Idea*: 9 Oct. 94 (creación, con wp). Febrero 2000 (lyx, incorporación definitiva a la novela)

¹⁴Imagen: Rimbaud.

¹⁵¿Virgilio?

¹⁶Esto es MobyDick, faltaría más.

¹⁷Versiones de *Excusas*: 21 Mayo 91. Primera versión wp 16 Jun 91. 17 Jun 91, 15 Jul 91, 16 Jul 91, 31 Jul 92. Enero 98 (html). Febrero 2000 (lyx). 4 Sept. 2000 (Excurso). 6 Sept. 2000 (Excusas. Ex-Cusa, claro).

¹⁸Versiones de *Onomatopoeítica*: 4 Marzo 90, 5 Marzo 90. Primera versión en ordenador 21 Oct 90. 22 Oct 90, 13 Jun 91, 15 Jun 91, 15 Jul 91, 16 Jul 91, 27 Ag 91, 18 Sept 91, 3 Oct 91, 5 Ag 92. Enero 98 (html). Febrero 2000 (lyx).

¹⁹**Qohelet**: La denominación de *Eclesiastés*, adoptada por la versión latina siguiendo a la griega de los LXX, pretende responder al vocablo griego *kohélet* —presidente de la asamblea o *kahal*—(...) Con todo, el vocablo puede entenderse en el sentido más general de “predicador” o “moralista”. También es **Qohe-lot**: su aventura es la de Lot (Génesis 19). Ha representado en su instituto **Qalígula**; de hecho se le parece.

²⁰**Hugo**: del germánico *hug*, espíritu (el espíritu santo...murciélago que está en todas partes), porque Hugo es de aire. En el apodo pretende haber un chiste: *Maverick*, según el Concise, es un “unbranded calf or yearling” (las connotaciones son de independencia, indisciplina...y de toro que embiste incontrolado, ciego); *Mac Guffin* es el nombre humorístico que le dió Hitchcock a la excusa para el misterio (el texto de la carta que lee la protagonista, el contenido de unas botellas...); **McIntosh**, es para mí el personaje misterioso del *Ulysses*. — Su monstruo es **Medusa**.

²¹**Jorge**, georgós, es la tierra — y a la vez mata al monstruo de la tierra. Para **Efialtes** (= pesadilla) y su hermano Otos, cf. los Alóadas, *Iliada* V, 385ss (pg. 145-6 de mi edición).

²²**Arquíloco**, fragmento 24 (A Diehl, traducido e interpretado por **Rodríguez Adrados** en *El mundo de la lírica griega antigua*, pg. 192).

²³En la *Égloga* VI, 74-75.

Quid loquar aut Scyllam Nisi, quam fama secuta est
candida succinctam latrantibus inguina monstros

²⁴*Ciris*. Ver *Geórgica* I, 404ss.

²⁵Es decir, no nace de un solo cerebro ni sólo del cerebro.

²⁶*Odisea* XII, 124.

²⁷Fragmento 150R (citado por **CM Bowra**, *Greek Lyric Poetry*, página 95).

²⁸*Op.cit.*

²⁹1714.33.

³⁰La cita ha pasado a ser el fragmento 220 de **Estesícoro** en *Poetae Melici Graeci* de **Denys Page** (en adelante PMG). Probablemente *La Escila* no fuera una obra independiente sino, en palabras de **Bowra** (op.cit. pg. 94), «una especie de secuela de la *Gerioneida*» o, como cree **R. Adrados**, una parte del poema.

³¹Tartesos es la base de Hércules; de allí parte en la *Gerioneida* y allí vuelve tras su viaje a Eritia. Resumo lo escrito por **Rodríguez Adrados**, *El mundo...* 273-4, y *Lírica griega arcaica*, 187ss. Los mitos oceánicos están interrelacionados. «*La Lamia, otro monstruo devorador de hombres, está estrechamente relacionado con las Gorgonas*». Ahora se sitúan «*más allá de las columnas puestas por el propio Hércules, la isla Eritia, donde pastaban las vacas de Gerión y del propio Hades, el dios infernal. Y también el Jardín de las Hespérides, así como las islas de los Afortunados*», una de las cuales (según las *Ciprias*, fragmento 21 K), la isla Sarpedonia, es la morada de las Gorgonas en el Océano (PMG 183).

³²Para **Bowra** Hércules es la encarnación del ideal del colono griego, *ib.* pg. 89. Tiene razón: extermina poblaciones, mata a monstruos, tala bosques, civiliza.

³³La fuente es un escolio a Licofrón de Calcis. Cf. **Bowra**, *ib.* página 92ss., **Rodríguez Adrados**, *El mundo...* página 274.

³⁴*El mundo...* 274ss.

³⁵Obra de **Estesicoro** de la que se conservan unos pocos fragmentos, de los cuales uno solo literal.

³⁶Te sorprenderá averiguar cuántos han hecho el viaje. Puedes encontrar bibliografía en **W Jaeger**, *La teología de los primeros filósofos griegos*, capítulo VIII nota 96.

³⁷'*Las sirenas y la tentación del conocimiento*', en *Homer, a Collection of Critical Essays*, ed. G Steiner & R Fagles.

³⁸Cita a **Marcel Cohen**.

³⁹Según **Germain** nunca otorga **Homero** el don del discurso a bestia alguna.

⁴⁰*Odisea*, libro XII.

⁴¹efialTes intentó una traducción de la oda Longino 20 (31 Voigt), pero no pasó del primer verso *Feliz es como un dios quien sentado frente a ti...*

y de apuntar un par de imágenes que no supo engazar:

blanco como la hierba

y

el deseo me destruirá como consume árboles y ciudades

verso este último obviamente basado en el carmen 51 de Catulo.

⁴²Virgilio, *Égloga II*, 12-13.

at mecum raucis, tua dum vestigia lustrō,
sole sub ardenti resonant arbusta cicadis.

⁴³Fragmento 9 Diehl, 5 (traducción de Juan Ferraté).

οὐδ' εἰ Τιθωνοῖο φηὴν χαριέστερος εἶη

⁴⁴Fragmento 3 Diehl, sigo usando la traducción de Ferraté.

Τιθωνῶ μὲν ἔδωκεν ἔχειν κακὸν ἄφθιτον ὁ Ζεὺς
γῆρας, ὃ καὶ θανάτου ῥύγιον ἀργαλέον.

⁴⁵En el décimo capítulo de su *Voyage to Laputa*.

⁴⁶Fragmento 79P, PMG 584.

⁴⁷Fragmento 1 Diehl.

ἐχθρὸς μὲν παισίν, ἀτίμαστος δὲ γυναιξίν

⁴⁸*De la naturaleza*, III, 670ss., traducción de **Eduard Valentí Fiol**.

⁴⁹**Séneca**, *Epístolas Morales a Lucilio*, XXX, traducción de Ismael Roca Meliá.

⁵⁰En el capítulo 'La caída' de *El folklore en el Antiguo Testamento*.

⁵¹**Pablo de Tarso** (*Primera a los Corintios*, XV).

⁵²Usener, fr. 494, citado por **Séneca**, *Ep. Mor.* XIII.16.

«Inter cetera mala hoc quoque habet stultitia: semper incipit vivere.»

⁵³**Séneca**, *Ep. Mor.*, XXIV.26:

Quosdam subit eadem faciendi videndique satietas et vitae non odium sed fastidium, in quod prolabimur ipsa inpellente philosophia, dum dicimus: «Quousque eadem? Nempe expergiscar dormiam, esuriam fastidiam, algebo aestuabo. Nullius rei finis est, sed in orbem nexa sunt omnia, fugiunt ac secuntur. Diem nox premit, dies noctem, aestas in autumnum desinit, autumno hiemps instat, quae vere conpescitur; omnia sic transeunt ut revertantur. Nihil novi facio, nihil novi video; fit aliquando et huius rei nausia.»

Multi sunt, qui non acerbum iudicent vivere, sed supervacuum.

⁵⁴'*El inmortal*', de *El Aleph*.

⁵⁵La anterior argumentación podría esconder un pequeño sofisma que no quiero dejar pasar, causado por el influjo de la belleza matemática e irreal de *La biblioteca de Babel*. En un tiempo infinito un número finito de elementos puede tener un número infinito de combinaciones, pero —en el otro extremo—

puede repetirse infinitas veces la misma combinación, lo que es aún más atroz.

⁵⁶ *ib.* III, 824ss.

⁵⁷ Así habla **Erasmus de Rotterdam**, *Elogio de la locura* XIII, traducción de Oliveri Nortes Valls.

Quis autem sustineret habere commercium aut consuetudinem cum eo sene, qui ad tantam rerum experientia, parem animi vigorem iudicijque acrimoniam adjunxisset (...) senex delirat (...) non illepidus est (...) Non sentit vitae taedium, quod robustior aetas vix tolerat.

⁵⁸ Este es el sentido pregnante filosóficamente de los que enumera en *Metafísica* 5 y 7.

⁵⁹ **Aristóteles** lo señala como evidente en *Metafísica* 7, 1072b10-11. Está claro: el pan por ejemplo es necesario en tanto que es un bien. Cuanto más necesario sea algo mayor bien será.

⁶⁰ Fragmento 6 Diehl.

Ἄν γὰρ ἄτερ νόσων τε καὶ ἀργαλέων μελεδωνέων
ἐξηκονταέτη μοῖρα κίχοι θανάτου.

⁶¹ Fragmento 22 Diehl.

ἀλλ' εἴ μοι καὶ νῦν ἔτι πείσειαι, ἔξελε τοῦτο,
μηδὲ μέγαυρ' ὅτι σεῦ λῶον ἐπεφρασάμην,
καὶ μεταποίησον, Λιγυστάδη, ᾧδε δ' ἄειδε:
'ὀγδωκονταέτη μοῖρα κίχοι θανάτου.'

62

πάντα γὰρ μίαν ἰκνεῖται ... Χάρυβδι

Es **Semónides**, fr. 8 Diehl, PMG 522.

⁶³Versiones de *Minotauro y Teseo*: 31 Ag 81, 8 Sept 81, 9 Oct 81, 23 Abr 82. Primera versión en wp 5.1 28 Oct 90. 13 Jun 91, 14 Jun 91, 15 Jun 91, 15 Jul 91, 16 Jul 91, 27 Ag 91, 29 Ag 91, 18 Sept 91, 3 Oct 91, 5 Mz 92 (además creo directorios largos), 17 Feb. 93 (la cita de Borges). Enero 98 (html). Febrero 2000 (lyx)

⁶⁴Versiones de *Una pequeña broma*: 14 Sept. 88. Primera versión WP 5.1: 15 Jun 91. 17 Feb. 93. WP 6.0 Windows: 19 Oct. 94. Enero 98 (html). Febrero 2000 (lyx)

⁶⁵Versiones de *Gorgona*: 29 Ag 91, 26 Feb 92, 31 Jul 92, 17 Feb. 93. 7 Junio 93: el esquema del capítulo es el siguiente: P va transformándose (Proteicamente) en la imaginación de M (no la ve hasta el final). Primero cree que es una drogadicta. Interroga a Q. ¿Conoce a T? Sólo al final se atreve a mirarla. Enero 98 (html). Febrero 2000 (lyx). 7 Sept. 2000.

La Gorgona es Medusa. Perseo, con escudo-espejo, evita su mirada mortal.

Mirada de la Gorgona. cf. Snell *Las fuentes...* pg. 12: de serpiente.

La mirada de Q y la mirada de P muerta.

⁶⁶Versiones de *Autorretrato*: en wp 14 Jun 91, 15 Jun 91, 16 Jul 91, 27 Ag 91, 3 Sept 91, 18 Sept 91, 3 Oct 91, 31 Jul 92. 22 Oct 92. Dic. 97 (html). Febrero 2000 (lyx). 4 Setp. 2000. 7 Sept. 2000.

⁶⁷Versiones de la *Segunda pesadilla de Q*: 29 Nov. 1983. 4 Mz. 1990. Lyx: Febrero 2000.

Esbozo: paseo por laberinto. Ajedrez. Suicidio final

⁶⁸Versiones de *La carta de Hugo*: como “Epitafio” 26 y 27 Ag 91, 29 Ag 91, 3 Sept 91, 18 Sept 91, 3 Oct 91. 25 Feb 92 (cambio el nombre a “Hugo revisitado”), 14 y 15 Mz 92 (cambio el nombre a “Carta”), 30 Jl 92, 31 Jl 92, 15 Sept. 92. 1 Jn. 93: lunfardo. 13 Oct. 93: habitación cálida. Nombre: “Carta a mis hijos”. 19 Oct. 94: versión WP 6.0 Win. Enero 98 (html). Febrero 2000 (lyx): instrucciones.

⁶⁹Anacreonte, Fr. 44 D. Cf. Bowra *Greek Lyric Poetry*, edic. 1961, pg. 306.

⁷⁰Shakespeare, Soneto 130.

⁷¹Versiones de *Los Tristes II*: primera versión 15 Jul 91. 16 Jul 91, 29 Ag 91, 3 Sept 91, 3 Oct 91, 22 Oct 92, 22 May 93; 21 Julio 93 (corrijo bodegas González). Enero 98 (html). Febrero 2000 (lyx).

Existe el árbol de Ana

⁷²La piedra que tira Jorge en *Los Tristes I*. Pyrra y Deucalión recrean, después del diluvio, al género humano arrojando piedras.

⁷³Es la enésima vez que te corriges. No insistas: hace frío, no puede haber vencesjos.

⁷⁴Evidentemente la novela no es más que una antropofanía. Pero fracasada, rota. Una anatropía.

⁷⁵21 de julio 1981. Incorporado a la novela el 3 de enero 2002.

⁷⁶Apunte del 16 Sept. 1994. Capítulo desde Febrero 2000. 7 Sept. 2000 (entonces... entonces).